

**A LA ALTURA DE LAS COSAS PEQUEÑAS.
SOBRE LA EXPERIENCIA INTELECTUAL DE SIMONE WEIL¹**

**TO RISE TO THE LITTLE THINGS.
THE INTELLECTUAL EXPERIENCE OF SIMONE WEIL**

Carmen Revilla Guzmán

Universitat de Barcelona

Resumen: El trabajo analiza el modo en el que en la obra de Weil se articula la experiencia religiosa con la elaboración de su proyecto político, destacando la relevancia que para la autora tiene, desde sus primeros escritos, la atención a las «cosas pequeñas» característica del trabajo físico. Este punto será uno de los rasgos más importantes de su actitud teórica y corresponderá a la consideración de lo «infinitamente pequeño» como nota que define el orden de lo sobrenatural y su forma de presencia en la historia.

Palabras clave: S. Weil, filosofía, biografía, política, mística

Abstract: This paper analyzes the way in which the religious experience and the development of the political project are articulated in the work of S. Weil. This will be done by emphasizing the importance given by the author from her early writings to paying attention to the «little things», an attitude that characterizes physical work. This point will be one of the most important features of her theoretical attitude and corresponds to the consideration of the «infinitely small» as a note that defines the order of the supernatural and its form of presence in history.

Keywords: S. Weil, philosophy, biography, politics, mystics

Si hay algo que, desde el primer acercamiento a la obra de Simone Weil, no deja de llamar la atención es la aparente contradicción entre la actualidad de sus propuestas, radicalmente vinculadas, sin embargo, a su experiencia personal y dirigidas a responder a su presente.

Situándola bajo el signo de la contradicción, de Simone Weil se ha dicho que figuras como la suya «están destinadas a crecer en el tiempo»², y el interés que su obra despierta así como su presencia efectiva y eficaz en la actualidad lo corroboran, si bien esto no exime de la decisión y el trabajo que exige sintonizar con su pensamiento en la frontera entre la filosofía y la mística, la política y la ciencia, la antropología y la estética, la ética y la ontología..., que nos ha llegado fragmentado en artículos, notas personales, cartas, algunos poemas, una tragedia inacabada..., aunque profundamente coherente y unitario.

En julio de 1943 Simone Weil escribía a sus padres:

Tengo una especie de certeza interior creciente de que hay en mí un depósito de oro puro que es para transmitirlo. Pero la experiencia y la observación de mis contemporáneos me persuade cada vez más de que no hay nadie para recibirlo. Es

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «Creació i pensament de les dones» (2014 SGR44), financiado por la Generalitat de Catalunya, y del proyecto de investigación «La transmisión desde el pensamiento filosófico femenino» (FFI2015-63828), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² G. P. Di Nicola y A. Danese, *Simone Weil. Abitare la contraddizione*, Dehoniane, Roma, 1991, p. 31.

un bloque macizo. Lo que se añade hace bloque con el resto. A medida que crece el bloque, deviene más compacto. No puedo distribuirlo en trocitos pequeños. Para recibirlo haría falta un esfuerzo. Y un esfuerzo ¡es tan cansado!³.

La carta está fechada el 18 de julio; el 24 de agosto, la autora moría, con solo 34 años, en un sanatorio de campaña en Kent, dejando numerosos escritos, en su mayor parte inéditos, en los que, tejida con sus reflexiones, quedaba depositada su breve e intensa biografía.

En buena medida, la dificultad de la obra weiliana estriba en la íntima imbricación entre su biografía personal y su trayecto teórico, imbricación que, sin embargo, está en la raíz de la coherencia interna de su pensamiento, movido por la aspiración a «escribir cosas eternas», como también decía a sus padres⁴, y que corresponde a su modo de entender la filosofía. Para Simone Weil, en efecto, la filosofía es un modo de vida que se concreta, ante todo, en una orientación de la mirada, que exige una decisión ética, en primer lugar la de no mentirse, y, apoyada en la confianza y deseo de verdad, la de no retroceder ante las contradicciones, manteniendo una actitud de atención:

El método propio de la filosofía consiste en concebir claramente los problemas insolubles en su insolubilidad, después en contemplarlos sin más, fijamente, incansablemente, durante años, sin ninguna esperanza, a la espera. Según este criterio, hay pocos filósofos. Pocos es todavía decir mucho⁵.

Siguiendo su biografía se ve, pues, cómo su vocación filosófica, que es vocación de comprender, transmitir e intervenir, se fragua en la adolescencia, cuando adquiere la certeza de que la atención y el deseo abren la entrada al reino de la verdad. Muy pronto, sin embargo, percibe la cara dolorosa de la verdad: la desventura de los seres humanos, sometidos a la necesidad implacable de un mundo regido por la fuerza. Decidida, desde muy joven, a situarse «en el corazón de la realidad», participa en círculos de discusión y acción política, acude a las fábricas y trabaja en ellas, observa el impacto de las situaciones socioeconómicas en la vida de los ciudadanos, interviene en la guerra... y todo esto contribuye a forjar un diagnóstico, extremadamente lúcido e implacable, de su presente y de las condiciones de vida en las que se desarrolla la existencia: el sometimiento al mecanismo necesario y ciego de la fuerza, que rige el mundo natural y también la vida social, hace de los seres humanos seres esencialmente frágiles y vulnerables, expuestos siempre a la desventura y sujetos a múltiples necesidades, que han de ser cubiertas para conservar su dignidad. Estas necesidades, sin embargo, nos ponen en contacto justamente con lo que nos falta, algo habitualmente ausente, pero que en ocasiones irrumpe en este mecanismo degradante, deteniéndolo e incluso invirtiendo su dirección. Paralelamente, sus lecturas de obras literarias de primer orden, su estudio de la historia y de la ciencia, el cultivo de su sensibilidad ante la belleza del mundo y del arte... van contribuyendo a convencerla de que ese algo, «infinitamente pequeño», es también muy real y puede ser atraído, reconociendo que lo que no se tiene se recibe, dirigiendo a ello el deseo y la atención.

Hay en su valoración de las «cosas pequeñas» —que encuentra muy pronto encarnada en el comportamiento de los «buenos trabajadores»— un elemento, de marcado carácter ético, que es decisivo en su actitud teórica y que reaparece en distintos registros a lo largo de su trayecto. A pesar de lo que este punto pueda tener de contradictorio con algunas de sus decisiones y de las experiencias que jalonaron su biografía, se diría que es determinante de su modo de situarse en la realidad, en el «centro de los acontecimientos», así como uno de los rasgos de su predisposición a lo sagrado, explícita tras sus experiencias místicas.

Simone Weil asume, de hecho, la contradicción como lugar de un filosofar riguroso y metódico en el que las dimensiones teóricas y prácticas se conjugan al hilo de su biografía, armonizando actitudes aparentemente inconciliables y dotando de coherencia interna a un pensamiento que parece ir de la búsqueda activa

³ Carta del 18 de julio de 1943, en S. Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas*, prólogo y trad. de Maite Larrauri, Trotta, Madrid, 2000, p. 194.

⁴ Carta fechada en febrero de 1943: «Habría que escribir cosas eternas para estar seguros de que serán de actualidad», *ibid.*, pp. 178-179.

⁵ «Notas escritas en Londres (1943)», en S. Weil, *El conocimiento sobrenatural*, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Trotta, Madrid, 2003, p. 257.

—de experiencias, de recursos— a la espera atenta —de algo «infinitamente pequeño» y, en cierto modo, innombrable—.

En su trayecto, lo apenas perceptible aparece como presencia constante y constituye así un nudo y punto de referencia en sus escritos y, sobre todo, en la evolución de su pensamiento, que enlaza la vertiente política con la dimensión religiosa, los distintos ámbitos de su investigación y reflexión con la disposición ética que el filosofar, para Weil, requiere. Tal vez por eso, la presencia de lo imperceptible alude, antes que a una temática o a un rasgo de su filosofar y de su escritura, a la actitud —de atención, de consentimiento y reconocimiento— que exige; concierne, pues, a un trazo permanente de su comportamiento, personal e intelectual, que choca, sin duda, con la quizá aparente, y desde luego paradójica, atracción por lo desmesurado que parece caracterizar al menos algunas secuencias de su biografía.

Atender a este punto, reparando en alguno de los momentos en los que explícitamente aparece en sus textos, puede contribuir a una aproximación al modo en el que esta autora se situó en el centro de los acontecimientos y los pensó, elaborando una filosofía de actualidad incuestionable, en la que su experiencia y el proyecto político se articulan a la luz de lo sobrenatural.

El título de estas páginas intenta, evitando el riesgo que supone la utilización, como en las líneas anteriores, del neutro —lo imperceptible, lo sagrado...—, reconducir la mirada al mundo de la experiencia, de las cosas que, ocultas en los grandes acontecimientos de la historia, tejen la trama sutil de la vida. A modo de hipótesis sugiero que es a este mundo al que, por vocación y decisión, Simone Weil dirige su atención y del que habla; testimonio de ello es la utilización de metáforas y símbolos que no solo enriquecen y abren el discurso filosófico, sino que lo dotan de una fuerza y veracidad excepcionales, marcando así la calidad de su escritura.

Weil no fue una visionaria que anticipa y predice sucesos, sino una pensadora que supo mirar y ver lo que hay y, quizá sobre todo, lo que falta. En consecuencia, el perfil con el que quisiera presentarla es el de una intelectual cuya vida teórica está esencialmente caracterizada por la atención a las «cosas pequeñas» que nos ligan a lo real, a cuanto por su carácter apenas perceptible exige un esfuerzo para ser reconocido, hasta el convencimiento de que la presencia de lo «infinitamente pequeño» es lo único que puede invertir el curso de la historia, la mecánica infernal de fuerzas que rigen la vida social.

Secuencias biográficas

La expresión «a la altura de las cosas pequeñas» es de Simone Weil. Aparece en las notas personales de 1934, recogidas en el Cuaderno I. En la traducción castellana, bajo el rótulo «Notas íntimas», leemos: «Tener *siempre* presente que la puntualidad, la exactitud y la fidelidad en los pequeños asuntos [...] son las condiciones de la existencia del hombre en este planeta»⁶. En la edición francesa de las *Obras Completas*, como «Anexo III», figura: «... algo me falta: estar a la altura de las cosas pequeñas. Es la virtud de los buenos trabajadores»⁷. En ambos casos la anotación se encuentra en el contexto de sus consideraciones en torno a la amistad y, sobre todo, en el marco proporcionado por la lista de «tentaciones» que elabora, particularmente en relación con lo que considera «tentación de la vida interior», esto es, la tendencia a desconectar el pensamiento y la acción de sus objetos⁸.

En estas palabras se concreta un aspecto relevante de la dimensión ética que Weil reconoce a la filosofía, el convencimiento de que esta es algo «en acto y práctica», esto es, una actitud, «orientación de la mirada», que implica un comportamiento, reconocido en Platón y compartido por algunos, no muchos, de los autores

⁶ S. Weil, *Cuadernos*, trad. de Carlos Ortega, Trotta, Madrid, 2001, p. 81.

⁷ S. Weil, *Cahiers*, OCVI/1, p. 408: «Je ne puis secourir B[oris] que si je peux le rencontrer sur un plan d'égalité. Et à cet effet, bien que je sois plus loin que lui à certains égards, quelque chose me manque : être à la hauteur des petites choses. C'est la vertu des bons ouvriers. Elle ne peut pas être hors d'atteinte. Tant que je ne l'aurai pas, il n'aura pas confiance en moi, et avec raison — ni moi non plus. Tant que je ne l'aurai pas, je serai en fait enfant. Et à 25 ans, c'est exagéré».

⁸ Para un comentario de las circunstancias que constituyen el fondo de estas anotaciones: Simone Pétrement, *Vida de Simone Weil*, trad. de Francisco Díez del Corral, Trotta, Madrid, 1997, pp. 347-348.

que conforman la tradición filosófica occidental y por otras tradiciones, a las que prestará una progresiva atención.

En cierto modo, esta actitud y capacidad que atribuye a los «buenos trabajadores» parece corresponder a esa certeza y decisión que, tal como ella misma narra, adquiere en su adolescencia y que va a marcar su vocación intelectual: el acceso al «reino de la verdad» depende exclusivamente del «deseo» y la «atención»⁹, que entenderá originada en la espera (*attente*).

Por otra parte, el momento en el que escribe estas anotaciones en sus *Cuadernos* nos sitúa en otro punto crucial de su biografía, cuando, en 1934, la sedimentación de lo vivido y reflexionado, tal como quedará recogido en las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, preludia ese «pacto con el universo»¹⁰ al que alude al final de esta obra.

Las *Reflexiones* son un texto pensado y escrito «en el límite», en cuya riqueza de facetas cristaliza la voluntad de ver e intervenir de su autora. La revisión crítica del marxismo y el bosquejo de una sociedad libre que aquí presenta se articula en torno a un análisis de la opresión y de los mecanismos del poder cuyos núcleos teóricos serían, por una parte, la consideración de la fuerza como raíz de la opresión y centro de la estructura social antes que el régimen de propiedad y, por otra, la necesidad de concebir la libertad como ideal, en lugar de soñarla, defendiendo que la acción libre es la que deriva del pensamiento. El punto de partida lo constituye un diagnóstico de la actualidad basado en la observación de la falta de futuro y esperanza, consecuencia de la carencia de resortes ocasionada por la estructura misma de la sociedad, que ha dañado el principio de actividad propio de los seres humanos; las «Conclusiones» son, por tanto, una llamada a humanizar la historia, ese «sombrio juego de fuerzas ciegas» que «trituran a los hombres», mediante el desarrollo de la capacidad, esencialmente individual, de pensar y actuar, apoyándose, dice, en los gérmenes de liberación que, escondidos, encierra la civilización actual.

La calidad de escritura de esta obra, su veracidad y claridad expositiva, no es ajena a la capacidad de observación, con independencia de las ideologías, pero, quizá ante todo, al cultivo de la atención como vía de acceso a la verdad, certeza que, desde su adolescencia, caracteriza su actitud. Con esta certeza había acudido a partir del curso 1925-26 al liceo Henri IV, donde tendrá como profesor de filosofía a Émile Chartier (Alain), al que siempre reconocerá como su maestro. La influencia de Alain será para ella decisiva, tanto por el método que utiliza, un método muy centrado en el ejercicio de escritura, «convencido de que aprender a escribir bien es aprender a pensar bien», como por el contenido de su pensamiento y de su enseñanza, ligado a las circunstancias y dirigido a comprenderlas¹¹. Con Alain Simone Weil aprende a entender el pensamiento como trabajo, sobre sí misma y sobre las cosas, mediante una labor de escritura que es también acción y trabajo. Y así se forja ya el «estilo» de lo que será su peculiaridad como pensadora: el amor a la realidad, frente a las fantasías engañosas, y la atención a lo que hay¹².

⁹ Aunque como estudiante Simone Weil destaca ya por su capacidad intelectual y por su formación, las expectativas familiares y sobre todo los brillantes resultados escolares de su hermano, que llegará a ser un importante matemático, le ocasionaron una profunda crisis. Según su propio testimonio, a ese momento corresponde uno de los acontecimientos fundamentales en su biografía intelectual: a los catorce años, tras meses de depresión por el convencimiento de la mediocridad de sus facultades, adquiere esta certeza, «de repente y para siempre». Véase la carta al padre Perrin en S. Weil, *A la espera de Dios*, trad. de María Tabuyo y Agustín López Trotta, Madrid, 1993, pp. 38-39.

¹⁰ S. Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, presentación y trad. de Carmen Revilla, Trotta, Madrid, 2015, p. 101.

¹¹ Véase S. Pétremont, *Vida de Simone Weil*, pp. 64-65 y, en general, el capítulo «El encuentro con Alain», *ibid.*, pp. 53-79.

¹² Ahora bien, si la influencia de su maestro es, ciertamente, decisiva en esta etapa de formación, también lo es su participación en la acción política: en círculos inspirados por Alain (en la revista dirigida por él, *Libres Propos*, en el grupo sindicalista de Éducation Sociale, en la agrupación de estudiantes *Volonté de paix*), así como posteriormente, y ya en sus primeros años como profesora, a través de su intervención en actividades de las que obtiene experiencias que la conducirán a sus consideraciones sobre la abolición de la división del trabajo y al desarrollo de su interés por el tema del lenguaje. En este sentido adquiere relevancia especial el viaje a Berlín, en el verano de 1932, donde observa y reflexiona sobre las consecuencias de la invasión de la esfera privada por parte de la vida política: la inmersión en lo colectivo, el dominio de la propaganda y las consignas, que están en la raíz de los totalitarismos.

Sobre la experiencia intelectual de Simone Weil

Sin embargo, en 1934 decide abandonar todo tipo de responsabilidades en el campo de la política activa con el fin de dedicarse a la investigación teórica del problema social; para ello, y después de años de dudas, solicita, por razones de estudio, un permiso como docente para poder trabajar en una fábrica, coincidiendo con el final de la redacción de las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. El 4 de diciembre obtiene su primer empleo como obrera en Alsthom, en París; a continuación trabajará en Carnaud et Forges de Basse-Indre y, entre junio y agosto de 1935, en la Renault.

Aunque su objetivo es investigar el mecanismo de la opresión del hombre por el hombre y por la máquina o, en otras palabras, el papel de los instrumentos de trabajo como factor de opresión social, sus expectativas teóricas muy pronto darán paso a una profunda experiencia que modificará su «perspectiva total sobre las cosas»¹³ y a ella misma. Se trata, pues, de uno de los episodios más señalados y comentados de su biografía y de una etapa también decisiva en el desarrollo de su pensamiento. *La condición obrera*¹⁴, una colección de ensayos publicados e inéditos, de notas, cartas etc., es la obra que recoge los textos más directamente vinculados a esta experiencia, y especialmente el «Diario de fábrica», redactado durante su estancia en esta, después de jornadas agotadoras, anotando minuciosamente cuanto ve: detalles del trabajo realizado, sus propias sensaciones e impresiones, los gestos y comportamientos de los jefes y compañeros, apuntes significativos de sus vidas, de sus familias, observaciones sobre el lugar y sobre el ritmo de trabajo que impone el trabajo a destajo, sobre las máquinas y piezas, que incluso dibuja cuidadosamente... El «Diario» es así el registro de una indagación de las relaciones sociales que el trabajo determina y del modo de vida al que obliga, cuyo interés resulta evidente si se tiene en cuenta que, para la autora, la fábrica «racionalizada» viene a ser una metáfora de la vida colectiva, un lugar, por lo tanto, privilegiado en el que ver cómo funciona la mecánica social, para descubrir los problemas concretos a los que el trabajador se enfrenta y, en definitiva, para acceder a un medio de vida real que ha de ser comprendido para proceder a su transformación.

La experiencia en las fábricas no solo confirma el convencimiento weiliano de que un proyecto de renovación de la estructura social y de la acción política tiene como requisito ineludible el establecimiento de relaciones reales con lo real, esto es, «abrir los ojos», sino que, al modificarla a ella misma, lo radicaliza hasta producir una cierta inflexión. Del impacto que esta experiencia tiene en ella hay constancia explícita en su correspondencia. En la fábrica aprenderá que la opresión acaba por engendrar docilidad y sumisión¹⁵, en lugar de los pretendidos movimientos de rebeldía y autoconciencia en los que se apoyan los revolucionarios de inspiración marxista. Allí vivirá en primera persona la desventura (*malheur*), «el gran enigma de la vida humana» que ha de ser experimentado, descifrado y comprendido si se intenta proporcionar algún tipo de ayuda a quien la sufre.

De la observación de los efectos que la vida en la fábrica tiene en la de los trabajadores, Simone Weil destaca, por supuesto, el cansancio, el sufrimiento y el dolor, que ella padece, sin duda muy especialmente por sus condiciones personales y físicas, y descubre incluso en los rostros de sus compañeros, pero por encima de todo eso llama la atención sobre dos aspectos: por una parte, la forma en la que se vive el tiempo, que en la fábrica discurre implacable obligando a un ritmo monótono y acelerado que no respeta las necesidades de los trabajadores ni les permite detenerse, cegando todo espacio al pensamiento; por otra, la necesidad de acatar órdenes, en ocasiones contradictorias, sin lugar no ya para la iniciativa, sino, ni siquiera, para una mínima comprensión de lo que se está haciendo. En una carta a una antigua alumna le habla de cómo vive, ella en concreto, estas circunstancias:

Si se piensa, se va menos rápido; pero hay normas de velocidad, establecidas por implacables burócratas, normas que hay que cumplir para que no te echen y, al mismo tiempo, para ganar lo suficiente, puesto que el salario es a destajo. Yo todavía no he llegado a cumplirlas, por varias razones: la falta de hábito, mi torpeza de siempre, que es considerable, una

¹³ S. Weil, carta a Albertine Thévenon de enero de 1935, en *La condición obrera*, presentación de Robert Chenavier, trad. de Teresa Escartín y José Luis Escartín, Trotta, Madrid, 2014, p. 41.

¹⁴ Publicada por primera vez en 1951 por Albert Camus, *La condición obrera* ha sido reeditada, con modificaciones y añadidos, por R. Chenavier en 2002, a partir de los materiales que aparecen en la edición de las *Obras Completas* de Gallimard y de la investigación de los manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de Francia (edición que sigue la antes citada traducción al castellano).

¹⁵ Carta a A. Thévenon de finales de diciembre de 1935, por ejemplo, en *La condición obrera*, p. 46.

cierta lentitud natural en los movimientos, los dolores de cabeza y, en fin, una cierta manía de pensar de la que no logro librarme¹⁶.

En definitiva, allí nada es a medida del hombre: la desmesura aniquila lo propiamente humano y esclaviza. Así se fragua un proyecto teórico y político, que se concreta no solo en el cuestionamiento del taylorismo o en la propuesta de modificaciones técnicas, sino sobre todo en una concepción del ser humano y de la sociedad que encuentra su centro teórico en la noción de «equilibrio», desde la que pensará la de «justicia».

Por otra parte, de este «choque» con la «verdadera vida» obtiene, a su vez, una experiencia de la «esclavitud» que se convierte en rasgo esencial en su primer contacto con el «espíritu» del cristianismo¹⁷.

Al año siguiente, en agosto de 1936, al inicio de la guerra civil española, Simone Weil acude como periodista a la contienda y se incorpora al frente de Aragón con Durruti. Los días que pasa en el frente vienen a ser el punto de partida de una amplia reflexión sobre la guerra como escenario donde percibir el mecanismo regido por la fuerza, en el que los seres humanos se encuentran insertos y a su merced. Más tarde, y a medida que los sucesos históricos se van desarrollando, Simone Weil irá modulando su postura, profundizando, en distintas perspectivas, en los factores que resultan decisivos en la creación de las situaciones bélicas, particularmente en el hecho de que la «fuerza», verdadera protagonista de las guerras y la historia, actúa sobre las víctimas, pero también sobre quienes la manejan, de tal modo que nadie escapa a sus efectos, y, ejercida hasta ese grado de violencia, crea una atmósfera de ebriedad que, sin dejar lugar al pensamiento, obliga a los combatientes a entrar en un mundo similar al del sueño, en el que los comportamientos no son sino respuestas inmediatas a estímulos incontrolables¹⁸.

Paralelamente, desde 1937 y hasta 1943, el año de su muerte, Simone Weil escribe unos *Cuadernos* en los que recoge intuiciones, ideas, textos que traduce o copia..., anotaciones, en fin, de gran intensidad, que han sido consideradas como el «laboratorio» donde se forja su pensamiento. En ellos deja constancia de la necesidad de «momentos de tregua» en el centro de toda actividad. Aunque es verdad que, en ocasiones, no se corresponde lo que Simone Weil dijo que había que hacer y lo que ella hizo, en su biografía pueden encontrarse momentos de este tipo, buscados o encontrados casi forzosamente por las circunstancias, que representan etapas de excepcional crecimiento y creatividad, en las que maduran las experiencias vividas y que preludian nuevas intervenciones, ocupando un lugar destacado en su vida personal y en el desarrollo de su filosofía.

Para Simone Weil la filosofía tiene que ver con el obrar, es pensamiento que se traduce en una acción, capaz de reconocer la necesidad que la realidad impone, evitando el engaño de la imaginación. Las experiencias que voluntariamente vivió la enfrentaron a la realidad como límite y contradicción ante nuestra capacidad de actuar, y esas a veces breves, pero muy intensas y ricas en consecuencias creadoras, treguas que jalonan su existencia vienen a ser fases necesarias y decisivas en la elaboración de su pensamiento: son momentos de detenimiento y atención a lo real en los que la actitud que adopta es la que corresponde, exactamente, a la contemplación de la belleza, otro de los grandes temas weilianos, contrapunto de la experiencia de la desventura (*malheur*).

En este desarrollo va a jugar un papel fundamental el viaje que realiza a Italia, donde visita Milán, Ferrara, Florencia, Roma, Asís, Padua, Venecia...; las cartas a sus padres y a Posternak son el testimonio del alcance de la experiencia que este viaje le proporciona. Allí, el contacto con el arte y la belleza, incorporada a la vida co-

¹⁶ Carta a S. Gibert de marzo de 1935, en *La condición obrera*, p. 54.

¹⁷ En el verano de 1935, pasando sus vacaciones en España y Portugal, y concretamente en Portugal, al presenciar una procesión en una pequeña aldea de pescadores tuvo la certeza, nos dice, de que «el cristianismo es la religión por excelencia de los esclavos, a la que los esclavos no pueden dejar de adherirse, y yo entre ellos» (carta al padre Perrin, en *A la espera de Dios*, p. 40).

¹⁸ La caracterización de la guerra, en este sentido, encuentra su expresión pautada y más precisa en escritos como la carta a Bernanos (en S. Weil, *Escritos históricos y políticos*, prólogo de Francisco Fernández Buey, trad. de María Tabuyo y Agustín López Trotta, Madrid, 2007), el comentario a la *Iliada* en «La *Iliada* o el poema de la fuerza» (en *La fuente griega* [trad. del ensayo de Agustín López y María Tabuyo], Trotta, Madrid, 2005), o en la tragedia *Venecia salvada* (en *Poemas seguidos de Venecia salvada*, presentación y trad. de Adela Muñoz Fernández, Trotta, Madrid, 2006).

tidiana, da lugar no solo a una intensificación de sus intereses estéticos, paralelos al estudio de la matemática¹⁹ y de la historia y a la reorientación de sus preocupaciones políticas, sino, sobre todo, a una etapa de «tregua» literalmente vital en su crecimiento personal. De hecho, en Asís, ante los frescos de Giotto, tiene lugar uno de los sucesos más singulares de su biografía: una experiencia de carácter místico de la que le hablará al padre Perrin con una extraordinaria sencillez: «En 1937 pasé en Asís dos días maravillosos. Allí, sola en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa Maria degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde tan a menudo rezó san Francisco, algo más fuerte que yo me obligó, por vez primera en mi vida, a ponerme de rodillas»²⁰. No es esta la única experiencia de este tipo que vive; a continuación, en la misma carta, expone cómo al año siguiente, en abril de 1938, asistiendo a los oficios de Semana Santa en la abadía de Solesmes, aquejada de fortísimos dolores de cabeza, pero empapándose de la belleza del lugar, de la que entraña la monotonía del canto gregoriano, de la poesía recién descubierta por ella de los poetas ingleses del siglo XVII, mientras recitaba el poema de George Herbert titulado *Amor*, «Cristo mismo descendió y me tomó»²¹, dice.

Más tarde, probablemente durante su estancia en Marsella, escribirá un texto breve, de una página, que cierra los *Cuadernos* de notas redactados hasta entonces, pero lleva el título de *Prólogo* porque inicia la «masa desordenada de fragmentos» que elabora en Nueva York, publicados póstumamente como *El conocimiento sobrenatural*. Esta página, el *Prólogo*, narra el encuentro con un personaje desconocido que la lleva consigo a una buhardilla, donde transcurren algunas jornadas conversando, para, después, obligarla a salir de aquel lugar del que no sabrá ni dónde estaba; la narración, considerada como una metáfora de su vida espiritual, de su encuentro con un Dios que se revela y se oculta, que se manifiesta y se esconde²², es el relato de su itinerario vital articulado, a partir de ese momento, en torno a una presencia imprevista que irrumpe en su existencia cotidiana y la transforma para siempre, aunque solo en un «punto», en el «fondo» de sí misma, porque desde entonces, nos dirá, no podrá ya dejar de verse como posible objeto de un amor gratuito²³.

Lo infinitamente pequeño

En realidad, en la vida y en la obra de Simone Weil se percibe desde el inicio, por su voluntad de exponerse en el contacto con la realidad y por la importancia que concede a la atención y al deseo como forma de atraer algo, casi imperceptible pero radicalmente nuevo y diferente, una predisposición a lo sagrado que, a partir de esta experiencia, se hará explícito: lo sagrado es, desde entonces, un orden de realidad supranatural y todo lo que en el mundo natural pueda tener un contacto con ello, aunque habitualmente por su ausencia, porque se echa en falta. El elemento religioso se incorpora así a su concepción de la realidad, entendida como proceso material regido por leyes necesarias, cuya mecánica preside tanto el mundo humano como la vida social y en la que es sobrenatural aquello que suspende el ejercicio de la fuerza: la «gracia» que, como tal, es una presencia gratuita; a la luz de lo sagrado ve que lo real es esencialmente poroso, capaz de alojar la presencia infinitesimal de algo que detiene su funcionamiento degradante. En el proyecto político, en el que seguirá trabajando, el papel de lo sobrenatural, sin embargo, considera que debe ser «restringido al máximo»²⁴, porque solo puede quedar incorporado mediante la espera y la atención a sus huellas gratuitas; la única práctica posible consistirá en cultivar la capacidad de abrir vacíos que puedan acogerlo, de esperar y desear, aunque no deja de trabajar

¹⁹ Este aspecto, habitualmente desatendido, es analizado, y en concreto centrándose en la importancia de la teoría de Cantor sobre los infinitos actuales, por Angela Putino en *Simone Weil. Un'intima estraneità*, Città aperta, Troina, 2006; la autora destaca especialmente la relevancia teórica que para Weil tuvo el congreso de los matemáticos del grupo Bourbaki (al que asiste con su hermano André), celebrado en 1937, como punto de partida de su valoración de la matemática como «paso esencial para la contemplación y la filosofía» (véase, para una información general al respecto, la nota 2, p. 34).

²⁰ Carta al padre Perrin, *A la espera de Dios*, p. 41.

²¹ *Ibid.*

²² Sobre este texto en concreto es de interés Josep Otón, *Simone Weil: el silencio de Dios*, Fragmenta, Barcelona, 2008.

²³ S. Weil, «Prólogo», en *El conocimiento sobrenatural*, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Trotta, Madrid, 2003, pp. 11-12, y en *Cuadernos*, pp. 857-858.

²⁴ S. Weil, *La gravedad y la gracia*, introd., trad. y notas de Carlos Ortega, Trotta, Madrid, 1994, p. 189.

en el trazado de las líneas maestras para la creación de un «medio humano» alternativo a las colectividades, dominadas por la dinámica de la fuerza, que conforman la vida social.

El artículo «La *Ilíada*, o el poema de la fuerza», redactado todavía en París y publicado en Marsella, transmite una experiencia de realidad catalizada por la lectura de un texto al que se acerca con una actitud de atención, orientada, tal como se desprende de su cuidadosa traducción, a los más pequeños detalles, siempre significativos. En el «espejo» de la historia humana que es el poema homérico Simone Weil ve el alcance universal de los efectos de la fuerza²⁵, pero también encuentra los instantes en los que su mecanismo se detiene, «momentos breves y divinos» en los que se escapa a la propiedad petrificadora de la fuerza «por una especie de milagro»: «Esos milagros son raros y de corta duración»²⁶, dice, pero la *Ilíada* deja constancia de ellos.

El reconocimiento de la irreductibilidad de dos órdenes de realidad, que solo en algunos breves instantes se cruzan, prelude el acceso al plano más allá de la esfera de las contradicciones en la que el bien y el mal se oponen, esto es, la mística. Los escritos que elabora en Londres recogen el empeño de la autora en conjugar su experiencia religiosa, esencialmente mística, esto es, experiencial e inenarrable, con la articulación de un proyecto de renovación radical de la estructura social.

Ahora bien, como se ha señalado, «una sociedad no encarna jamás lo infinitamente pequeño, pero puede no obligar a renunciar a ello [...] Una sociedad es un medio humano cuando se deja atravesar por este pensamiento y lo encarna en el tiempo y en el espacio»²⁷. A la posible organización de este «medio humano» se dirigen sus escritos de Londres, en los que cristaliza su vocación filosófica, polarizada en una irrenunciable voluntad de intervención política y en el convencimiento de la potencialidad de la atención, capaz de atraer lo «infinitamente pequeño».

De hecho, a favorecer esta actitud considera que debe dirigirse la cultura y la formación; por eso, entre sus notas de Londres leemos:

¿Qué es la cultura?

Formación de la atención.

Participación en los tesoros de espiritualidad y de poesía acumulados por la humanidad en el curso de los años. Conocimiento del hombre. Conocimiento concreto del bien y del mal.

[...] Desarrollo de la aptitud para la contemplación poética del universo²⁸.

En estas notas reitera convicciones que habían caracterizado ya su labor como profesora, ideas en las que insiste porque la filosofía, algo, para ella, «en acto y práctica», es ante todo una actitud teórica que implica, sin embargo, una cierta forma de intervención: la atención a lo que hay y lo que falta es justamente condición necesaria e imprescindible para una acción eficaz; por eso anotará también:

Todo progreso real exige un esfuerzo de invención. En consecuencia, en una situación no satisfactoria, los remedios que se presentan al espíritu no son los buenos. Si la atención general se fija permanentemente en una visión clara de las necesidades, los remedios eficaces surgen poco a poco²⁹.

Su confianza en la eficacia de la atención no es, pues, una mera llamada, ingenua o esteticista, a la pasividad. Simone Weil es consciente de las dificultades no solo de orientar la mirada atenta en la dirección adecuada, esto es, a la verdad, sino también y sobre todo de articular el modo de traducirla en el plano del comportamiento, una dificultad que tiene que ver, en primer lugar, con las palabras: su experiencia política le había hecho ver muy pronto cuál es su poder, el efecto que algunas palabras tienen en la vida de los seres humanos y el desamparo de quienes no saben o no pueden utilizarlas; por eso su lucha contra las palabras

²⁵ S. Weil, *La fuente griega*, p. 34: «Tal es la naturaleza de la fuerza. El poder que posee de transformar a los hombres en cosas es doble y se ejerce en dos sentidos; petrifica de forma diferente, pero tanto a unos como a otros, a las almas de quienes la sufren y de quienes la manejan».

²⁶ *Ibid.*, p. 35.

²⁷ A. Putino, *Simone Weil. Un'intima estraneità*, p. 31.

²⁸ *Escritos de Londres y últimas cartas*, pp. 125-126.

²⁹ *Ibid.*, p. 131.

CARMEN REVILLA GUZMÁN • *A la altura de las cosas pequeñas.*
Sobre la experiencia intelectual de Simone Weil

vacías y con mayúsculas irá acompañada del esfuerzo por bajar el tono y la mirada en busca de aquellas que, al transmitir la verdad, sean un principio de vitalidad y sirvan, literalmente, de alimento:

Las verdades fundamentales son simples. La dificultad está en la aplicación. Más exactamente, la dificultad está en haberse alimentado tanto de ellas, en haberlas absorbido tan completamente que la aplicación se haya hecho instintiva. Pero la primera dificultad está en las palabras. La verdad está en el fondo del corazón de todo hombre, pero tan profundamente escondida que resulta difícil traducirla al lenguaje. Los hombres tienen tanta necesidad de palabras que puede ser imposible llevar a la práctica un pensamiento que no se exprese en palabras. Cuando el hombre quiere algo que no sabe nombrar, se le puede muy bien hacer creer que quiere otra cosa, y desviar el tesoro de su energía hacia algo indiferente o malvado³⁰.

En Londres, obligada por las circunstancias a renunciar a su deseo de entrar en Francia y colaborar con la resistencia, escribe incansablemente; sabe que lo que intenta transmitir no va a ser recibido con facilidad; enferma y terriblemente desilusionada por el curso de la historia y por la frustración que le crea no poder hacer algo más, trabaja en la elaboración de un programa de acción política que atienda a esas necesidades de los seres humanos que han de ser respetadas para que la vida humana sea posible, aunque olvidando sus propias y más elementales necesidades. La incansable y febril actividad que desarrolla convive con un esfuerzo sostenido de atención, literalmente creadora, con una creciente valoración de la misma, entendida como pasividad activa, capacidad de recepción que exige reconocimiento, y consentimiento, de la presencia de algo imperceptible, algo «infinitamente pequeño» que la atención puede atraer y es, para ella, la nota distintiva de lo sagrado y del modo en que este orden de realidad puede ser incorporado al mundo de la necesidad:

Por lo demás, una espiritualidad como la de Platón sólo está separada del materialismo por un matiz, algo infinitamente pequeño [...]

La parte de lo sobrenatural aquí abajo es el secreto, el silencio, lo infinitamente pequeño. La operación de esto infinitamente pequeño, sin embargo, es decisiva. Proserpina creía que no se comprometía a nada cuando, medio obligada, medio seducida, consiente en comer un solo grano de granada, pero, desde ese instante, y para siempre, el otro mundo es su reino y su patria. Una perla en un campo apenas es visible. El grano de mostaza es el más pequeño de los granos...

La operación decisiva de lo infinitamente pequeño es una paradoja; a la inteligencia humana le cuesta reconocerla, pero la naturaleza, que es un espejo de verdades divinas, presenta imágenes suyas por todas partes. Así los catalizadores, las bacterias, los fermentos [...] La presencia de lo sobrenatural aquí abajo es ese punto de apoyo (que Arquímedes buscaba para mover el mundo)³¹.

Este «punto de apoyo» es un «átomo de bien puro», «grano de mostaza», «grano de granada»..., los nombres, en fin, que toma la «gracia» en sus últimos textos, una «nada» que es «infinitamente más que todo», el bien, en definitiva, al que accede la mística.

Es esta la perspectiva en la que se inscriben sus sorprendentes reflexiones en Londres, tal como las expone en «Esta guerra es una guerra de religiones», escrito en el que, en este sentido, vale la pena detenerse. El punto de partida viene dado por la valoración de la raíz religiosa de los comportamientos representados por los dos bloques en conflicto, y el núcleo argumentativo de estas páginas lo constituye la consideración del carácter irreductible y sobrenatural del Bien, que no es el bien que se opone al mal y corresponde al plano de la existencia, sino aquel cuyo reconocimiento exige el «tránsito a otra esfera», esto es, un proceder propiamente místico:

La mística es el tránsito más allá de la esfera en la que el bien y el mal se oponen, y ello gracias a la unión del alma con el bien absoluto. El bien absoluto es una cosa diferente del bien que es el contrario y el correlativo del mal, cualquiera que sea el modelo y el principio³².

³⁰ *Ibid.*, p. 119.

³¹ S. Weil, «Y a-t-il une doctrine marxiste?» (texto inacabado, redactado en Londres, 1943), en *Oppression et liberté*, Gallimard, París, 1955, p. 230.

³² *Escritos de Londres y últimas cartas*, p. 84.

CARMEN REVILLA GUZMÁN • *A la altura de las cosas pequeñas.*
Sobre la experiencia intelectual de Simone Weil

La entrada en esta esfera y el contacto con este orden de realidad, que es Dios³³, nos cambia para siempre invirtiendo la ley de la degradación de la energía en su infinita pequeñez. Se trata, por tanto, y como único procedimiento para detener el conflicto bélico, de situar esta apenas perceptible realidad en el «centro» a fin de que «impregne» todo por mediación de la belleza, consecuencia del «límite» que Dios marca a la mecánica material, como en la Antigüedad, nos dice, se sabía:

Tanto en la vida de un pueblo como en la vida de un alma se trata solo de poner ese infinitamente pequeño en el centro. Todo lo que no está en contacto directo con él debe estar como impregnado de él gracias a la mediación de la belleza³⁴.

Prescindiendo de consideraciones, relevantes, sin duda, desde un punto de vista historiográfico, Simone Weil interpreta la detención de las tropas alemanas en el Canal de La Mancha como algo «sobrenatural», dada la desproporción entre su fuerza y la de Inglaterra que, como «un niño con las manos vacías», inserta con su debilidad en el juego de fuerzas de la guerra un «momento de silencio e inmovilidad»³⁵, «pasividad activa» que atribuye a la «continuidad en la historia de este país», origen, a su juicio, de una «potencia de vida»³⁶, real y activa en esas «gotas de pasado vivo» a las que se refiere como algo que es necesario preservar³⁷ en la configuración de un medio social que pueda ser lugar de arraigo para los seres humanos.

En su atención a lo infinitamente pequeño confluye, pues, su sensibilidad a la belleza y al orden del mundo con su reflexión sobre la ciencia, sus análisis políticos con sus experiencias personales. Y sus escritos de Londres ofrecen muy claros testimonios de la mirada que dirige a lo efímero y cotidiano, cuya vulnerabilidad es la cifra de la belleza, desde el convencimiento de que solo su incorporación, a través del deseo y la atención, puede invertir la marcha de la historia.

En una autora cuya biografía parece caracterizada por la excepcionalidad, cuyas afirmaciones teóricas encontramos formuladas tan provocadoramente y con un tono «intempestivo», la atención a las «pequeñas cosas» aparece como un rasgo de su actitud que tiene que ver con su afán de verdad, con su amor a lo real y respeto a la materialidad, con su capacidad de detenerse y focalizar lo esencial. Es esta una actitud muy evidente que cultiva, en su trabajo de lectura y en el cuidado de la escritura como forma de realización del pensamiento, ya desde los años de formación, una actitud que singulariza su «estilo» como pensadora y la calidad de sus escritos.

³³ *Ibid.*, p. 85: «Ese infinitamente pequeño es Dios, es decir infinitamente más que todo».

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, p. 87.

³⁶ *Ibid.*, p. 86.

³⁷ S. Weil, *Echar raíces*, presentación de Juan-Ramón Capella, trad. de Juan Carlos González Pont y Juan-Ramón Capella, Trotta, Madrid, 1996, p. 56.